

Capítulo 13

DIOS ES TRASCENDENTE.

Señor. Señor nuestro, no hay nadie como tú en las alturas de los cielos ni en la tierra debajo de ellos. Tuyas son la grandeza y la dignidad y la majestad. Todo lo que hay en el cielo y en la tierra es tuyo; tuyos son el reino, y el poder, y la gloria por siempre, oh DIOS, y tú eres exaltado como cabeza de todo. Amén.

Cuando hablamos de Dios como trascendente, queremos decir que Él es exaltado muy por encima del universo creado; tan por encima, que el pensamiento humano no es capaz de imaginárselo. No obstante, para pensar con exactitud acerca de esto, necesitamos tener presente que “muy por encima” no se refiere aquí a una distancia física con respecto a la tierra, sino a la calidad del ser. No nos interesan la situación en el espacio, ni la simple altitud, sino la vida.

Dios es espíritu, y para Él la magnitud y la distancia carecen de sentido. Para nosotros son útiles como analogías, y por eso Dios se refiere a ellas cuando se rebaja para hablarle a nuestro limitado entendimiento. Las palabras de Dios que aparecen en el libro de Isaías, “Así dijo el Alto y Sublime, el que habita la eternidad”, dan una clara impresión de altitud, pero se debe a que habitamos en un mundo de materia, espacio y tiempo, y tenemos la tendencia a pensar en términos materiales, de manera que sólo podemos captar las ideas abstractas cuando se las identifica de alguna forma con cosas materiales.

En su lucha por librarse de la tiranía del mundo natural, el corazón humano debe aprender a traducir a un nivel superior el lenguaje que usa el Espíritu para instruirnos. Es el espíritu el que le da significación a la materia, y sin el espíritu, nada tiene valor alguno. Se aleja una niña pequeña de un grupo de excursionistas y se pierde en medio de la montaña, y de inmediato, toda la perspectiva mental de los miembros de la excursión cambia. La extasiada admiración por la grandeza de la naturaleza deja paso a una fuerte angustia por causa de la niña perdida. El grupo se dispersa por toda la montaña llamando ansiosamente a la niña, y buscando afanosamente en todo rincón apartado donde podría estar escondida la pequeña.

*¡No hay nadie como tú, Señor!
¡Grande eres tú, y grande y poderoso es tu nombre!
¿Quién no te temerá, Rey de las naciones?
¡Es lo que te corresponde! Entre todos los sabios de las naciones, y entre todos los reinos, no hay nadie como tú.
Jeremías 10.6-7*

¿Qué ha producido este cambio tan súbito? Allí sigue la montaña llena de árboles, erguida entre las nubes en su asombrosa belleza, pero nadie se da cuenta de ella ahora. Toda la atención se centra en la búsqueda de una pequeña niña de pelo rizado que todavía, no tiene ni dos años de edad y pesa poco más de doce kilos. Aunque tan jovencita y tan pequeña, es más valiosa para sus padres y amigos que toda la inmensa mole de la grandiosa y antigua montaña que habían estado admirando sólo unos minutos antes. Y

todo el mundo civilizado está de acuerdo con su juicio, porque aquella niña pequeña es capaz de amar, reír, hablar y orar, y la montaña no. Es la calidad del ser de la niña lo que le da su valor.

No obstante, no debemos comparar el ser de Dios con ningún otro, así como no podemos comparar a la niña con la montaña. No debemos pensar que Dios es el más alto dentro de un orden, ascendente de seres que comienza con la célula simple y va pasando del pez al ave, al animal, al hombre, al ángel, al querubín y por fin a Dios. Esto sería concederle a Dios la eminencia, incluso la preeminencia; pero eso no basta. Le debemos conceder la trascendencia, en el significado más pleno de esta palabra. Dios permanece distinto para siempre, en una luz inalcanzable.

Él está tan por encima de un arcángel, como de una oruga, porque al fin y al cabo, el abismo que separa al arcángel de la oruga no es más que un abismo finito. La oruga y el arcángel, aunque tan distantes la una del otro en la escala de los seres creados, son sin embargo uno, en el hecho de que ambos son creados. Ambos están situados dentro de la categoría de “aquello que no es Dios”, y los separa de Dios la infinitud misma. La reserva y la compulsión luchan para siempre dentro del corazón que quisiera hablar sobre Dios.

*¿Cómo se van a atrever los mortales tan impuros
a cantar tu gloria y tu gracia?
Muy por debajo de tus pies nos encontramos,
y no vemos más que sombras de tu rostro.*

Isaac Watts

Con todo, nos consolamos con el conocimiento de que es Dios mismo quien pone en nuestro corazón el anhelo de buscarle y hace posible en cierto grado que lo conozcamos, y se complace hasta en el más débil esfuerzo por parte nuestra por darle a conocer. Si alguno de los vigilantes, o de los santos que han pasado siglos de felicidad junto al mar de fuego viniera a la tierra, cuán insignificante le sería la incesante charla de las agitadas tribus de los hombres.

*Después de esto,
la palabra del
Señor vino a
Abram en una
visión:
«No temas,
Abram. Yo soy tu
escudo, y muy
grande será tu
recompensa».
Génesis 15.1-2*

Cuán extrañas y vacías sonarían para él las insulsas e inútiles palabras que se acostumbra escucharen los pulpitos, y si alguien así hablase en la tierra, ¿acaso no hablaría sobre Dios? ¿No encantaría y fascinaría a sus oyentes con arrebatadas descripciones del Ser divino? Y después de escucharle, ¿podríamos consentir de nuevo en escuchar algo inferior a la teología, la doctrina sobre Dios? A partir de aquel momento, ¿no les exigirían a los que presumen de enseñarnos que nos hablasen desde el monte de la visión divina, o de lo contrario, permaneciesen totalmente callados?

Cuando el salmista vio la transgresión del malvado, su corazón le dijo cómo podía ser esto posible. “No hay temor de Dios delante de sus ojos”, explicaría, y al decirlo, nos revelaría la psicología del pecado. Cuando los hombres dejan de temer a Dios, quebrantan sus leyes sin vacilación alguna. El temor a las

consecuencias no es impedimento cuando se ha perdido el temor de Dios. En la antigüedad se decía de los hombres de fe que “caminaban en el temor de Dios” y que “servían al Señor con temor”.

Por íntima que fuera su comunión con Dios, por osadas que fueran sus oraciones, en la base de su vida religiosa se hallaba el concepto de Dios como digno de temor reverente. Esta idea del Dios trascendente se encuentra en toda la Biblia y le da color a la personalidad de los santos. Ese temor de Dios era más que una aprensión natural al peligro; era un temor no racional, una aguda sensación de insuficiencia en la presencia de Dios.

Cada vez que Dios se les aparecía a los hombres en los tiempos de la Biblia, las consecuencias eran las mismas: una sobrecogedora sensación de terror y consternación, un angustioso sentir de pecado y de culpa. Cuando Dios hablaba, Abram se extendía con el rostro en tierra para escucharlo. Cuando Moisés vio al Señor en la zarza ardiente, escondió el rostro con temor de mirar a Dios. La visión de Dios que tuvo Isaías le arrancó un grito: “¡Ay de mí! que soy muerto”, y una confesión: “porque siendo hombre inmundo de labios... han visto mis ojos al Rey”.

Es probable que el encuentro de Daniel con Dios fuera el más maravilloso de todos. El profeta levantó los ojos y vio a Uno cuyo “cuerpo era como de berilo, y su rostro parecía un relámpago, y sus ojos como antorchas de fuego, y sus brazos y sus pies como de color de bronce bruñido, y el sonido de sus palabras como el estruendo de una multitud”.

Después escribiría: “Y sólo yo, Daniel, vi aquella visión, y no la vieron los hombres que estaban conmigo, sino que se apoderó de ellos un gran temor, y huyeron y se escondieron. Quedé, pues, yo solo, y vi esta gran visión, y no quedó fuerza en mí, antes mi fuerza se cambió en desfallecimiento, y no tuve vigor alguno. Pero oí el sonido de sus palabras; y al oír el sonido de sus palabras, caí sobre mi rostro en un profundo sueño.” Esas experiencias señalan que una visión de la trascendencia divina termina pronto todas las controversias entre el hombre y su Dios.

La discusión se va del hombre que queda listo, junto con el vencido Saulo, para preguntar mansamente: “Señor, ¿qué quieres que yo haga?” Al contrario de esto, la seguridad en ellos mismos que sienten los cristianos modernos, la ligereza que está presente en tantas de nuestras reuniones religiosas, la asombrosa falta de respeto que se muestra por la Persona de Dios, son evidencias suficientes de la profunda ceguera del corazón. Muchos se dicen cristianos, hablan mucho acerca de Dios, y hasta oran algunas veces, pero es evidente que no saben quién es Él.

“El temor del Señor es una fuente de vida”, y apenas se encuentra entre los cristianos. En cierta ocasión, mientras conversaba con su amigo Eckermann, el poeta Goethe se volvió hacia el tema de los pensamientos religiosos y habló del abuso del nombre divino. “La gente lo trata”, le dijo, “como si ese Ser incomprendible y altísimo, que está incluso más allá del alcance del pensamiento, sólo fuera su igual. Si

así no fuera, no dirían “el Señor Dios, el querido Dios, el buen Dios”. Esta expresión se vuelve para ellos, especialmente para los clérigos, que lo tienen a diario en la boca, una simple frase, un nombre estéril al que no va unido pensamiento alguno. Si se sintiesen impresionados por su grandeza, quedarían mudos, y de tanta veneración, no estarían dispuestos ni a nombrarlo.”:

*Señor de todo ser, lejano en tu trono;
tu gloria arde desde el sol y la estrella;
centro y alma de cada esfera,
y sin embargo, cuán cercano para cada corazón amante.*

*Señor de toda vida, abajo, arriba,
cuya luz es verdad, cuyo calor es amor;
ante tu trono siempre resplandeciente,
no pedimos resplandor ninguno para nosotros.
Oliva Wendell Holmes*